

# FAMILIA FERRARA

POR: LETICIA FERRARA DE IGLESIAS

Mi abuelo Vincenzo Ferrara Ferrigno, nació el 5 de septiembre de 1857, en la Comuna de Padula, en la provincia de Salerno. Esta provincia era entonces del territorio continental que abarcaba el Reino de las Dos Sicilias. Sus padres Antonio Ferrara y María Luisa Ferrigno de Ferrara.

Debido a las revoluciones políticas, huyendo de la destrucción de sus campos, la familia Ferrigno, a la que pertenecía la madre de mi abuelo, Doña María Luisa, fueron los primeros en aceptar la invitación del gobierno de México para poblar las tierras del norte de Coahuila, y trabajar en el campo. El primero en emigrar fue el hermano de mi bisabuela, el Dottore Michele Ferrigno, enólogo, emigró de 44 años, se estableció en Cuatro Ciénegas, Coahuila, en donde se dedicó al cultivo de la vid.

Cuando la situación se agravó, el padre de mi abuelo, el caballero don Antonio Ferrara, aceptó también ser inmigrante y llegó a Coahuila. Unos años después en 1870, llamo a mi abuelo, quien siendo un niño solamente, cruzó el océano. En 1874 hizo venir también a su esposa, su hija y al hijo mayor, Miguel (Michele).

Una hermana de mi abuelo solamente se quedó en Monterrey. Carmelita quien se casó con un señor Bortoni (creo que era Vicente Bortoni, pero era el abuelo de todos los Bortoni). Mi tío Horacio Ferrara, hijo de Michele Ferrara, también se quedó a vivir aquí. (Padre de Blanca Ferrara).

En Coahuila, se había descubierto los minerales de Sierra Mojada, que comenzaron a trabajar, luego establecieron una gran casa de comercio y fundaron una fundición de metales. Mi abuelo en este tiempo también cuidaba las encomiendas o transportaciones de minerales hacia el ferrocarril, sobre todo en el estado de Chihuahua, pues eran frecuentemente atacadas por los indios. Viajó incansablemente por este estado. Trabajó en este oficio por un tiempo, luego se interesó más en el negocio de las minas y los metales.

Mi abuelo se casó en 1884 con Aurelia Verduzco Salinas, una joven de Cuatro Ciénegas, Coahuila, perteneciente a una familia originaria de las Islas Canarias que había llegado varias generaciones antes a San Antonio, Texas. Tuvieron once hijos: Jesús, el mayor, quien se casó con Rebeca Cirilo; sus hijos fueron: José, Rebeca, Aurelia, Guillermo, Lupita y Vicente, todos se casaron.

Antonio casado con Ana María Fernández; sus hijos fueron: Antonio, Carmen, María Luisa, Miguel Ángel, Roberto y Rosita.

María Luisa, fue religiosa de la Cruz, teniendo que salir del convento por enfermedad, pero murió santamente como religiosa.

Leticia, esposa de don Ludovico Volpe; sus hijas: Yolanda, Imelda y Graciela (religiosa del Sagrado Corazón).

Américo, quien se casó con Doña Juanita Gámez, sus hijos: Bertha, María Luisa, Américo y Teresita.

María de los Ángeles, a quien todos conocimos como tía May, permaneció soltera, se interesó por cuidar el templo de San Luis Gonzaga, las obras del altar o tabernáculos y tenía gran amor por el Seminario.

Celina, quien se casó con don Manuel Santos; tuvo varios hijos, pero tan solo le sobrevivieron dos Celina y Federico.

Los gemelos Vicente y Aurelio, Vicente se casó con Doña Rosalía Muguerra, su hijo Fernando.

Aurelio se casó con doña Carolina Herny.

Federico mi papá, el menor de los varones se casó con Rebeca de la Maza. Sus hijos:

José Vicente, Leticia (yo), Federico, Patricio y Manuel Gerardo. Olga, la menor, quien se casó con el doctor Salvador Ayala. Mi Tía Olga, todavía vive. La familia de mi abuelo era de un recio cristianismo. Fue un hombre con la capacidad de desarrollar muchas actividades.

Mi abuelo se estableció en Monterrey en 1890. Ya habían nacido algunos de sus hijos. Fundó la Fundición No. 3, después Peñoles y posteriormente la Compañía Fundidora de Fierro y Acero Monterrey. Tuvo una gran capacidad para idear empresas o tomaba parte en sus directorios aportando su notable visión. Tomó parte en: La Industrial, Fábrica de vidrio, otra fábrica de

artefactos de fierro, fue socio también de una fábrica de tejidos, otra de muebles; una de Cemento y Productos Refractarios en la Vidriera, S.A., la Cigarrera, en Molinos de Aceite Monterrey, S.A., de una compañía de papel y cartón, Socio fundador del Banco Mercantil del Norte y de la Compañía Carbonífera del Norte, Compañía Minera Ocampo, La esperanza, Todos Santos, Norias de Baján, y muchas más.



Mi abuelo fue acorde con el espíritu de industrialización, que invadía a México durante el Porfiriato; encontró eco también, en un gobernador como el General don Bernardo Reyes. Aunque para ser exactos, en 1900 el General Reyes fue nombrado Ministro de Guerra en el gobierno del General don Porfirio Díaz (siendo suplido en su cargo por un gobernador interino), así que la ayuda que les prestó a los industriales de entonces, en especial a la Fundidora, fue desde la ciudad de México. El General Reyes volvió en 1902.

Don Antonio, padre de mi abuelo, quien se vino a Monterrey un poco antes del '90 se estableció también aquí, murió en agosto de 1901. Fue muy generoso, caritativo, fervoroso católico creyen-

te. Siempre se distinguió por la protección que dio a sus connacionales o compatriotas. Ayudó a que muchos de ellos emigraran a México y se establecieron aquí. Sus restos y los de su esposa descansan en una gaveta de la cripta de la iglesia de Nuestra Señora del Refugio (Colonia Mitras).

Cuando mi abuelo, don Vicente, ideó la formación de la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, no tenía el capital que se requería para esta obra, pero logró convencer a quienes fueron los primeros socios para llevar a cabo este comienzo. En la historia de la industrialización, siempre nos parece desproporcionada la cantidad que se invirtió para comenzar esta empresa, en relación a lo requerido por otras industrias en esa misma época.

El equivalente a diez millones de pesos mexicanos que representaban cinco millones de dólares de inversión. Los trabajos del campo para establecer esta industria comenzaron el 5 de mayo de 1900.

Al poco tiempo se requirió de un mayor capital y para febrero 2, de 1903, en que se logró el «encendido» del Horno, ya habían aumentado considerablemente los socios de esta nueva industria. La relación dice así «*A las 6:30 de la tarde, del día dos del corriente, en presencia de los interesados en esta gran industria, se dio fuego – se encendió el primer alto horno, que muy pronto será el No. 2, más tarde cuando se reporte los otros a las exigencias de la producción.*» Se hizo una provisión de 25 mil toneladas de fierro para este comienzo.

Don Manuel González Caballero, a quien llamó don José Navarro en 1970 «*El historiador de la vieja Maestranza y de la nueva Fundidora*» es una persona que tuvo a su disposición los archivos de la misma Fundidora, para informarse con exactitud sobre cada paso dado al comienzo de esta industria. Nos relata en la página 32 de su libro *La Fundidora en el tiempo*.

*«la verdadera entrada en operaciones de los procesos metalúrgicos, esto es, fundición por medio de Hornos Altos... comenzó el 7 de febrero de 1903,... un día que se efectuó la primera colada el Horno Alta No. 1»*

Con ello «*La Maestranza*» como se le conocía entonces entró de lleno en operación.

El Gobernador de Nuevo León, el General don Bernardo Reyes, había sido magnánimo con el terreno. Parte se adquirió y otra parte, la mayor, fue un regalo del Estado, al igual que algunas otras industrias.

Comenzaron con 226 hectáreas de terreno y exención de impuestos ‘por algunos años.

El archivo gráfico de esta industria fue logrado con los mejores fotografías de la época.

En Monterrey, el mérito de estos comienzos fue, la decisión de quienes eran accionistas de seguir reinvertiendo las ganancias en la misma industria, para consolidarla o hacerla crecer, aunque por varios años no pudieron gozar de las ganancias de su inversión. Esto constituyó un grave problema en la Fundidora, pues la industria siderúrgica requería mucha inversión.

La revolución, obligó a mi abuelo a buscar refugio por un tiempo en los Estados Unidos, fue por muy poco tiempo y en cuanto pudo regresó. Había dejado una hermosa casa construida por la calle de Bolívar, ahora Padre Mier (fue destruida por fuego y más tarde reconstruida).

Las visitas frecuentes a las grandes fundidoras norteamericanas, lo hicieron acreedor a gran respeto y amistades profundas. Volvió a Italia, en una ocasión por algunos meses, pues tuvo problemas de salud. Fue acompañado por parte de la familia. Mi tío Miguel había regresado una años antes para radicar allá, así que convivieron con el resto de la familia.

En Monterrey, por lo que platicaban mis tíos, supe que los primeros cuartos fríos de los mercados, fueron instalados a las instancias de mi abuelo, buscando un poco, dar batalla al clima y preservar los alimentos. No sé exactamente por qué, pero ellos tenían que levantarse a la madrugada y poner a trabajar estos refrigeradores. Trabajó para convencer a los Salesianos para vinieran a Monterrey y a Saltillo.

También ayudó a otras órdenes religiosas.

Mi padre fue ingeniero y después de algunos años de laborar para empresas mineras, recibió el encargo de trabajar las minas de Nápoles propiedad de mi abuelo, en el cerro del Toro, cerca de Parral, Chihuahua. Mientras vivíamos allá mi abuelo nos visitó.

Mi abuela paterna murió en 1930, antes de que mis papás se casaran, fue una mujer muy valiente, y en las ausencias por trabajo de mi abuelo supo hacer presente con sus hijos.

El 9 de agosto de 1936, murió don Vicente, después de una corta enfermedad que resistió con gran valor, sin quejarse nunca. Se le sepultó envolviendo el féretro con la bandera italiana, pues su sentido de patriotismo aumentó con los años. Al poco tiempo nosotros regresamos a Monterrey y mi papá se estableció.

Se le hicieron homenajes en los periódicos locales, se le comparaba con el Cid, por su férrea voluntad y deseos de triunfo. Muchas veces oí a personas que lo conocieron, hablar de él con admiración y cariño.

Al igual que su padre, tendió siempre la mano a sus compatriotas.

Para todos es un orgullo el ver que además de estar en el escudo del Estado de Nuevo León las chimeneas de la Fundidora, y el que en los terrenos pertenecientes a ella, después de su cierre, se han establecido centros de negocios, de exposiciones, hoteles, parques recreativos, culturales, etc. Algo queda para recordar de lo que fue en un tiempo la siderúrgica más grande y la única fundición que hacía vías de ferrocarril hasta los 40's en América Latina.

Como en muchas familias de estos años, florecieron valores y virtudes que admirar. La vida les fue dura por algunos años, el poder trabajar en un país que necesitaba de hombres decididos y valientes con voluntad de realizar proyectos, constituyó al fin un logro, que gozaron y compartieron con los demás.

Puedo decir que siempre me he sentido orgullosa de mis abuelos y de este abuelo, que conocí por pocos años.

Creo que en un folleto de «*Las calles de Monterrey*» y la semblanza que le hizo en su libro, el licenciado Rodrigo Mendirichaga, son de los mejores artículos que he leído sobre él.

La invitación de venir a México, desde la época de don José María Lafragua, Ministro del Estado, quien estudió este aspecto de las leyes del país de 1840 a 1850, pidió al Congreso que hiciera una declaración para que el extranjero tuviera certeza sobre las leyes del país.



Acción con valor de \$100.00 c/u  
Firmada por Vincenzo Ferrara

Se decía que debía de haber tolerancia religiosa. «La tolerancia religiosa, es un dogma práctico del mundo civilizado y México no puede permanecer aferrado a su intolerancia si desea ser rápidamente poblado». México 1846.

El 27 de noviembre de 1846, en que un decreto emitido por José María Salas, asentó que los mexicanos: necesitaban desesperadamente inmigrantes para poblar las vastas extensiones de la República, que son hoy objeto de la codicia extranjera. En julio de 1848, estuvo listo un proyecto de inmigración.

La ley de naturalización del 14 de abril de 1828, insistía que los solicitantes fueran católicos romanos....

Los estados de Coahuila y Tejas abrieron la puerta a extranjeros. Existió un grupo de numerosos italianos en Buenaventura, Coahuila.

González Caballero, Manuel La Fundidora en el Tiempo. Talleres de la imprenta de Gobierno del Estado, Monterrey, 1989.